

Los 7 corazones de un sacerdote

Dios llama a quienes quiere a ser sacerdotes. Él los elige de entre su pueblo para consagrarlos, para hacerlos suyos. Desde ese momento ya no se pertenecen a sí mismos, sino que pertenecen a Dios. Es por eso que, poco a poco, **el corazón del sacerdote se va configurando con el de Jesús**, va aprendiendo la humildad y la mansedumbre. De esta forma podemos identificar los [7 corazones del sacerdote](#), que es uno solo visto desde diferentes aspectos de su vocación consagrada.

El sacerdote no se casa, pero aun así es padre; no vive con una mujer, pero es esposo; no tiene algunos hermanos, sino toda la humanidad; no es amigo de pocos, sino de muchos; no tiene grandes campos, pero es un verdadero pastor; en fin, el corazón de un sacerdote es el de otro Cristo.

El corazón del sacerdote es un...

1. Corazón de padre



El sacerdote no se casa, es cierto, pero eso no impide que sea un verdadero padre por vocación. La **fecundidad que Dios les da es diferente, es una fecundidad**

interior, del que planta la semilla del Evangelio y la deja crecer. Es aquél que engendra para la vida eterna. Un padre que guía, que enseña, que educa, que juega, que se divierte y que también corrige. Un padre espiritual, de esos que escuchan los problemas, que aconsejan y que ayudan a superar los momentos difíciles. Un padre que se involucra en la vida de sus hijos, pero que también les deja volar solos. Un padre que está presente en los momentos importantes como los sacramentos y, también, en momentos cotidianos como un buen partido de fútbol. El sacerdote es un padre por vocación, por eso le llamamos de “padre”, nada es casualidad.

«¿Qué padre de entre ustedes, si un hijo suyo le pide un pez, en lugar de un pez le da una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le da un escorpión? Pues si ustedes, siendo malos, saben dar a sus hijos cosas buenas, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan» (Lucas 11, 11-13).

2. Corazón de hijo



Esta dimensión del corazón del sacerdote es muy importante para el ministerio pastoral, ya que **una verdadera experiencia de Dios Padre será esencial**

a la hora de saberse *padre* de sus *hermanos los hombres*. Para ser padres primero hay que ser hijos, un hijo que se equivoca y que pide perdón, un hijo que confía y ama a sus padres, un hijo que se deja corregir con humildad, un hijo que responde con respeto y devoción. Ser hijo de Dios no suele ser tan fácil como algunos dicen por ahí, ser hijo tiene deberes y tiene derechos. Ser hijo es nuestra primera llamada cuando nacemos. Somos parte del cuerpo de Jesús, por ende, somos hijos en el Hijo con mayúscula. Es por Cristo que podemos ser llamados hijos de Dios, lo cual se realiza en el bautismo que nos imprime un carácter indeleble en el alma. El sacerdote actúa siempre de cara a Dios, porque «de Él, por Él y para Él son todas las cosas» (Romanos 11, 36).

«Miren qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, ¡y lo somos! Por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él. Queridísimos: ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos» (1 Juan 3, 1-2).

3. Corazón de hermano



¡Uff, qué difícil es ser hermano! Y es que «los amigos se escogen, los hermanos se acogen» como bien decía San Francisco de Asís. A los hermanos se les acepta con amor, se

les quiere como son. Siempre buscamos lo mejor para ellos, los aconsejamos, los ayudamos y a la vez nos dejamos aconsejar y ayudar por ellos. Es una relación mutua de amor, que no se elige, se acoge. **El sacerdote está llamado a ser hermano de todos, sin preferencias de ningún tipo.** Todos son importantes para él. Sea quien sea, haga lo que haga, sepa que en el sacerdote tiene un hermano en quien confiar. Pero ojo, que su hermano sacerdote no está exento de imperfecciones y debilidades, al contrario, el sacerdote también trabaja por mejorar constantemente y vencer su amor propio día a día. Eso es hermoso: ver que tanto los sacerdotes como quienes no son sacerdotes deben luchar día a día por la santidad. Y esta lucha la llevamos juntos, nos apoyamos en la batalla.

«¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: -Éstos son mi madre y mis hermanos. Porque todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre» (Mateo 12, 48-50).

4. Corazón de esposo



En la Iglesia Católica Romana los sacerdotes no se casan, y esto no es por discriminación, al contrario, la Iglesia como madre y maestra ha visto prudente en los siglos

precedentes que el sacerdote guardara el celibato en pro de su misión. Y es que el amor del sacerdote se derrama a toda la familia de la Iglesia. Este compromiso se asume de manera libre y siempre por amor. Como bien dice Mateo en su Evangelio: «no todos son capaces de entender esta doctrina, sino aquellos a quienes se les ha concedido» (cfr. 19, 11).

Desde antiguo se le ha llamado a Cristo “esposo de la Iglesia”, el sacerdote se configura también como el “esposo” actuando en nombre de Dios, a quien se compromete a guardar fidelidad y a educar a sus hijos en la fe. Esta es una dimensión muy importante en su vida, siendo esposo tiene obligaciones y deberes. Así es como vive dentro de una gran familia cuidando de ella con amor y protegiéndola incluso, si es necesario, con la vida. «Maridos: amen a sus mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla, purificándola mediante el baño del agua por la palabra, para mostrar ante sí mismo a la Iglesia resplandeciente, sin mancha, arruga o cosa parecida, sino para que sea santa e inmaculada» (Efesios 5, 25-27).

5. Corazón de amigo



Yo diría que el sacerdote es de los mejores amigos que podemos tener. Sabemos que podemos confiar en él pase lo que pase, que allí va a estar cuando le necesitemos, que se va a preocupar

porque quiere lo mejor para todos. El sacerdote está llamado a ser amigo, en primer lugar, de Jesús. Hacer de Él el amigo de los amigos. Es a través de esta relación que **el sacerdote puede ser llamado amigo de los demás, porque aprendió de Cristo lo que significa una verdadera amistad.** Sí, el sacerdote también tiene sus discusiones con Jesús por cosas que no entiende o le cuestan, pero lo mejor es que luego se reconcilia, así es la amistad. Piensen en sus amigos, ¿quién no se ha peleado con ellos? ¡Todos hemos discutido con nuestros amigos! Es normal, porque nuestra relación no depende de los problemas, al contrario, se funda en el amor desinteresado de los dos. La verdadera amistad la encontramos en Jesús, Él es el modelo de amigo que todos quisiéramos tener; y el sacerdote mientras más cerca esté de Jesús, mejor amigo será en la vida de los otros.

«Un amigo fiel es protección poderosa, quien lo encuentra, halla un tesoro. Un amigo fiel no tiene precio, es de incalculable valor. Un amigo fiel es medicina que salva, lo encontrarán los que temen al Señor» (Eclesiástico 6, 14-16).

6. Corazón de pastor

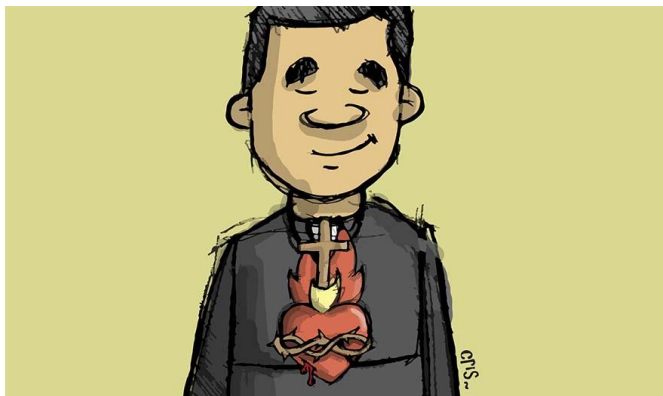


La imagen del pastor con el rebaño de ovejas está en directa relación con Cristo, el Buen Pastor. El sacerdote se configura como pastor del rebaño de Dios a través de su consagración sacerdotal,

porque actúa como otro Cristo, es el instrumento por el cual Dios ha querido actuar en la vida de los hombres. Esto es algo grande, a veces difícil de entender (para todos), pero es un regalo gigantesco de Dios para los hombres en su Iglesia. **El sacerdote busca a las ovejas perdidas del rebaño y las acerca al redil; las ama, las trae de vuelta, las abraza con ternura cuando las encuentra.** Un pastor debe ser auténtico, es decir, debe dejar pastar tranquilamente a las ovejas; es quien las cuida, pero también les da su espacio. Las ovejas conocen la voz de su pastor, no se acercan a cualquiera. El Papa Francisco decía hace unos años que los sacerdotes deben tener “olor a oveja”, deben involucrarse en sus vidas, compartir con ellas, cargarlas cuando es necesario. No es una misión fácil, pero confiados en la gracia de Dios sabemos que se puede cumplir con alegría y amor.

«Congregaré los restos de mis ovejas de todas las tierras adonde las expulsé, y las haré volver a sus pastos para que crezcan y se multipliquen. Pondré sobre ellas pastores que las apacienten, para que no teman más, ni se espanten, ni falte ninguna» (Jeremías 23, 3-4).

7. Corazón como el de Cristo



El corazón sacerdotal es un corazón identificado con el de Cristo: con sus sufrimientos, con sus dolores, con sus sentimientos, con

sus alegrías, etc. Hay una jaculatoria que repetimos siempre los religiosos, es: «Jesús manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo». Estas palabras están dirigidas a todos los consagrados a Dios, pero especialmente a quienes Él ha elegido para el sacerdocio. Santa Faustina Kowalska escribía en su diario: «Oh Jesús, haz mi corazón semejante al Tuyo, o más bien transfórmalo en Tu propio [Corazón] para que pueda sentir las necesidades de otros corazones y, especialmente, de los que sufren y están tristes» (cfr. n°514. Diario, La Divina Misericordia en mi alma). Esta es la llamada que Dios nos hace, es una llamada que requiere mucho abandono personal, mucho amor, mucha abnegación y renuncia; una llamada que no deja lugar a la mediocridad, una llamada a darlo todo por el Reino de Dios. «Con Cristo estoy crucificado: vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que vivo ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2, 19-20).

«Lleven mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontrarán descanso para sus almas: porque mi yugo es suave y mi carga es ligera» (Mateo 11, 29-30).

El corazón sacerdotal busca ser lo más parecido al de Cristo, por eso se va configurando con Él poco a poco desde el seminario. El corazón sacerdotal es un **corazón abierto a todos**, lleno de amor para dar. Un corazón que arde de amor por Cristo. Un corazón que también es herido, que perdona y que sana. Un corazón amado por Dios. En síntesis, es como el corazón de Cristo en la tierra. Dejemos a Santa Teresita del Niño Jesús que nos ayude a comprender este gran don con sus sencillas y profundas palabras:

«Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto por diferentes miembros, el más necesario, el más noble de todos no le faltaba, comprendí que la Iglesia tenía un corazón, que este corazón estaba ardiendo de amor. Comprendí que el Amor solo hacía obrar a los miembros de la Iglesia, que si el Amor llegara a apagarse, los Apóstoles ya no anunciarían el Evangelio, los Mártires rehusarían verter su sangre... Comprendí que el amor encerraba todas las vocaciones. Que el amor era todo, que abarcaba todos los tiempos y todos los lugares... En una palabra, que es ¡eterno!» (Santa Teresa del Niño Jesús, ms. autob. B 3v).